



Ivo

Yanet Acosta

Me llamo Ivo. Cuando cumplí dieciséis, mi vida cambió. Dejé de estudiar. Bueno, de ir a clase.
—Serás un gran médico
—me repetía mi padre desde que era un crío.

Me gusta el silencio, sobre todo cuando no hay nada que decir. En la escuela me aburrí desde el primer día. Sólo recuerdo haberme reído cuando asustábamos a las niñas a la entrada del baño gruñendo y levantando las manos. Una estupidez, vamos, pero es lo único divertido que recuerdo ahora mismo. Eso y matar pájaros a pe-

dradas. Lo demás, repetir hasta la saciedad. Que si la tabla de multiplicar, que si la conjugación de los verbos, que si los nombres de cada función que corresponde a cada palabra en una frase, que si los reyes de España, que si..., yo qué sé. Cosas que no valen para nada y que si quieres las encuentras en Internet.

Recuerdo una de las clases de Geografía. El maestro nos hacía repetir los ríos de España y las montañas más altas pintadas en un mapa de azul, verde y marrón, cuando en el Google Earth de mi Smartphone las veo a todo color y con la cámara hasta en cada época del año.

Así que no me gusta estudiar. No me gusta usar

la memoria para cosas que no valen para nada. No me gusta.

Mi padre seguía erre que erre.

—Serás un gran médico.

Yo no contestaba, pero la cara de indiferencia ponía a mi padre cada vez más nervioso. Un día me dijo:

—Es lo que tu madre hubiese querido, si no hubiese muerto por tu culpa.

Entonces la cara de indiferencia cambiaba a la de ira, esa que sólo se nota porque se achican los ojos, aún más de lo que los tengo, y se tensan los labios, muy fuerte. Es como un tomar impulso. Si consigues mantenerlos cerrados, luego sales a la calle y tienes que gritar porque, sino, el silencio se va al estómago y sólo tienes ganas de vomitar durante días.

En la calle, las noches de lucha son lo mejor. Gritos, pañuelos hasta la nariz, cócteles molotov y barricadas. Siempre disfruto viendo cómo arden los cajeros. Pienso en la de billetes que debe haber dentro y en cómo se queman. Como papeles que es lo que son, aunque son los que mi padre me recuerda que me mantienen. Esta es la lucha por la independencia, pero por la mía propia. La que no hago en casa, la hago en la calle.

Mi padre se dio cuenta de la utilidad de recordarme a mi madre en su objetivo de dominarme y terminó por ser pura humillación.

—Eres una vergüenza. Esas notas no se las merece la memoria de tu madre. Ella hubiese querido...

Y no me pude mantener callado:

—Mi madre hubiese querido no morir. Tú eres médico y no hiciste nada por ella.

Mi padre se levantó con furia de la mesa. Levantó el brazo y esa imagen falsa de médico respetable se fue por el sumidero. Parecía uno de esos seguidores ultras de un equipo de fútbol buscando pelea.

El golpe seco hizo que mi cara se fuera al otro lado con un movimiento rápido e involuntario. Sólo sentía un calor fuerte. Me quemaba la mejilla y en la cabeza una punzada que me duró durante días. El skate era lo único que me quitaba aquel ardor.

Calle abajo, buscando los obstáculos, para deslizarme casi por el aire, sin tocar el suelo. En los oídos el sonido de las ruedas. Los pies en equilibrio. El cuerpo siguiendo los movimientos. Ese es el truco para hacerlo bien. En tu cabeza sólo debe estar que todo tu cuerpo es un algo que debe seguir los movimientos que manda tu cabeza a las ruedas de tu patín. Nada más. Hay que dejarse mecer por el aire como una hoja de un árbol. Sentir el aire en la cara, flexionar las rodillas con cuidado en el momento del salto, sentir que el skate es parte de tu cuerpo y que la gravedad no está en las extremidades, sino en tu cabeza con la que consigues llegar a donde quieres.

La ira que me provocaba mi padre se convirtió en odio. Mara hacía las veces de “madre-sirvienta”. Una señora simpática, de piel tostada y brasileña. Con varios kilos de más, de esos que se acumulan mientras buscas una salida en tu vida y, cuando te das cuenta, son un flotador fofo del que la gente no se puede escapar. Yo, sin embargo, no era capaz de engordar ni uno solo. Sentía que no tenía mucho tiempo que perder y sólo deseaba convertirme en un tipo duro de espaldas anchas, pero era un delgaducho al que le era imposible ganar un kilo.

Mara ponía toda su buena intención en que creciera como un hombre. Yo prefería pensar que ya era un hombre, y que iba a crecer como un marinero, a lo ancho. Con unos brazos fuertes y unas manos de aquellas que le respondieran alguna vez a mi padre.

Mara me era un poco indiferente, excepto por su cocina. Intentaba hacer lo que mi padre le decía, y lo hacía lo peor que podía. Sin intención de hacerlo mal, pero inevitablemente, las órdenes sólo se traducen en resultados de mierda. Y así no había quien engordara ni para ser hombre ni marinero.

Acababa de cumplir dieciséis años y ya me parecía que estaba perdiendo demasiado tiempo jugando a ser familia a la mesa una vez al día con mi padre y con Mara en la cocina. Así que cuando iba a repetir tercero de la ESO se lo tuve que decir a mi padre. Estábamos en la mesa del salón, comiendo con el informativo de la televi-

sión de fondo, la banda sonora de todos los aburridos y pasados almuerzos familiares. Tan pasados como la televisión.

—No sigo.

—Serás un gran médico. Sólo tienes que centrarte en tus estudios —me dijo sin mirarme y sin escucharme, con la vista en la pantalla.

Una riada se había llevado algunos coches en no sé qué sitio de Andalucía. Las imágenes en la televisión se repetían. No era la cosa demasiado espectacular, nada de muertos, pero sí caras de angustia de gente quitando agua de sus casas a escobillazos. Vamos, como achicar agua del mar con un tazón de cereales.

Mara, en la cocina, me escuchó y vino hasta la mesa. Las sardinas muertas y frías en el plato me miraban de reojo, a mí y a ella.

—¿Qué dices, Ivo?

—Que no quiero seguir.

Ahora eran las hojas de lechuga las que nos miraban babosas.

—¿Comiendo? ¿No te gusta? —preguntó Mara, que fundamentalmente sólo temía una crítica a su almuerzo.

—No quiero seguir en el instituto.

Mara se relajó y se fue de vuelta a la cocina. Mi padre por fin me oyó y con él se desató el diluvio universal, pero no en Andalucía, sino en la mesa del salón de un apartamento bien de Bilbao. Mi padre terminó tirando la copa de vino sobre el mantel blanco. Mara regresó de la cocina para limpiarlo todo y sólo consiguió un insulto de mi padre que la hizo llorar. Y yo seguía con la vista perdida en la pantalla de la televisión tensando todos los músculos de la cara y ensanchando las espaldas lo más que podía a la espera de la hostia universal. Ahora pasaban las imágenes de un lugar lejano, algo así como Afganistán. Puro desierto.

—O sigues estudiando o no te quiero ni ver —fue la última frase de mi padre, quien esta vez no quiso pegarme porque consideró que el ultimátum ya era suficiente.

En silencio, me fui a mi habitación.

Cogí mis pantalones anchos, unos calzoncillos de pretina de colores para lucir sobre la cintura

caída, tres camisetas, mi gorra y mi skate y me fui al mejor lugar en el que pensé que podía estar. En la casa del abuelo Patxi.

Vivía solo, cocinaba él todos los días, siempre carne. Chiquiteaba con la cuadrilla y silbaba como nunca he escuchado a nadie.

Hacía años que se había jubilado, pero no dejaba de ir ni un día al Mercado de la Ribera. Allí trabajó desde pequeño en un puesto. Allí ganó dinero y desde allí consiguió que mi padre alcanzara una beca del Estado español para hacer su carrera de médico. Pero, a mi padre, eso ya se le había olvidado. A mi abuelo, no. Quizás por eso nunca cambió de barrio y sigue donde se crio, justo al otro lado de la ría, donde los obreros.

Cuando aparecí por la puerta de su casa, el abuelo ni me preguntó. Y a mí casi no me hizo falta ni explicarle.

—Tu padre...

Me preparó un txuletón como él solo sabe. Tostado por fuera, pura sangre por dentro. Con el brillo de la grasa derretida al calor. Y entre trozo y trozo: una patata frita crujiente.

—Abuelo, quiero ser como tú.

Se lo dije de corazón. De verdad, pero el abuelo rio como si fuera una niñada lo que acababa de decir. Me puse nervioso y me salieron las miles de palabras que me estaba guardando durante años.

—Que no quiero ser médico, hostias, que no. Que no quiero ser como él, que no. Que yo no quiero ser normal, que paso de estudiar rollos que no valen para nada, con los que no pudo salvar a mamá, que yo quiero aprender a silbar y a hacer el txuletón como tú.

El abuelo paró de reír. Me miró serio y me dijo:

—Pues tendrás que luchar.

Asentí con la cabeza, estaba entregado y haría lo que él me dijera. Agucé los oídos esperando todos los pasos que tenía que seguir, uno tras otro. Tenía que memorizarlos. Pero el abuelo, con mucha tranquilidad, sólo dijo dos palabras, bueno tres:

—Trabajarás de mozo.

Yo me quedé con “trabajarás”. Me parecía excitante, interesante, algo nuevo en lo que sí po-

dría aprender. Lo de “mozo” no lo entendí. Me sonaba a antiguo, y “de”, pues ya había aprendido que era una preposición, aunque no tengo muy claro para qué vale, porque hubiese entendido todo igual sin ese monosílabo.

Después de un rato, sin que el abuelo añadiera nada más, tuve que tomar la iniciativa.

–Pero, ¿cómo?

–En el Mercado de la Ribera. En el puesto del amigo Txomin. En la carnicería.

Ostras, eso sí que me dejó de sonar tan apasionante como lo anterior. Pero no tenía otra. Cuando uno hace algo con toda la rabia, no se puede bajar del burro así como así. Y ni hablar de volver con mi padre, y mucho menos volver a estudiar a ese instituto lleno de gente insulsa. Y yo estaba ahora a las órdenes del mejor.

El abuelo siguió. Escueto, como siempre, pero claro como él solo.

–Tendrás que ganarte la vida y aprender mi oficio si quieres ser como yo.

Asentí, el abuelo me había pillado por los huevos. Estaba claro.

Lo de levantarme pronto nunca me pareció un problema. Mi problema realmente estaba en dormir. No me gusta acostarme. Me parecía una pérdida de tiempo. Y todo porque me daba asco escuchar esa musiquilla con la que mi padre me obligaba a dormir a las ocho de la tarde cuando era pequeño. Terrorismo familiar, vamos. En casa de mi padre, ya de mayor, tenía que refugiarme a la luz de una linterna para que no se enterara de que estaba despierto. Entonces esperaba a que el piso se quedara en silencio para incorporarme y verme alguna peli en el ordenador o fumarme un cigarro a escondidas desde la ventana. No me gustaba fumar. Lo que me gustaba era ver cómo caía lenta la ceniza desde el cuarto piso hasta la calle. Pero lo que más, hasta dónde podía llegar la colilla si la tiraba con todas mis fuerzas. A ningún lado. El ruido era lo mejor. En mi calle no paseaba a las tres de la mañana ni el gato. Tac. Así sonaba el golpe de la colilla contra el asfalto. Toc, si caía sobre la acera. Tic, si se iba a la alcantarilla.

Con el abuelo, ya no había nada que ocultar. Él tampoco dormía, pero tampoco molestaba ni se molestaba porque estuviera con la luz encendida y los cascos puestos.

A las seis apareció por mi cuarto. Me hizo un gesto con la cabeza. Me puse mis bombachos dejando ver la pretina de colores de mis calzoncillos, la gorra de medio lado y, por si acaso, cogí el skate.

A esas horas parece que la ciudad está dormida, pero es mentira, en el mercado la gente se mueve de un lugar a otro, sin parar, como si fueran las seis de la tarde y llevara horas despierta.

El puesto del Txomin me pareció un mundo. No por lo grande, sino por la de gente que entraba y salía. Me flipó un tío con medio cuerpo de una vaca al hombro. Roja, con todos los huesos. Me pareció raro que no sangrara, porque el txuletón del abuelo sí. Lo que tenía que aprender. El tío descargó los no sé cuántos kilos del bicho en el fondo de la carnicería. Y debajo de toda esa carne roja y la grasa medio amarilla había un flacucho como yo. Me sonrió y entonces me di cuenta de que eso se me iba a dar de puta madre.

Txomin ya me estaba hablando, pero yo ni me enteré. Sólo me fijé en que no quitaba ojo de mi skate; por envidia, pensé.

–Este chico, no sé yo.

El abuelo lo miró serio sin hablar, pero diciéndole todo, porque Txomin dijo al momento:

–Está bien, pero me lo quedo sólo una semana para ver qué hace.

El abuelo dio media vuelta y yo iba a seguirlo, pero Txomin me cogió por el hombro.

–A ver, a descargar al camión, pues. Trae una media canal y a la cámara.

Txomin era un tío como mi abuelo. Con pocas palabras, eso me gustaba. El único problema es que no le entendía ninguna.

El flacucho me volvió a sonreír. Me hizo un gesto con la cabeza. Yo le seguí con el skate en la mano, por si acaso, que lo de canal me sonaba a saltar por el aire.

Desde lejos escuché a Txomin gritando:

–¿Pero se puede saber a dónde coño vas con eso?

El flacucho miró mi skate, sin dejar de avanzar. Yo le seguí y preferí pensar que lo que acababa de escuchar no era por mí. Agité la cabeza y el pelo se balanceó de un lado al otro. Hacía unos meses que me lo había dejado crecer. Me gustaba que me tapara un ojo. Me daba un aire japo y además a mi padre le ponía de los nervios. Me insistió mil veces en que me cortara el pelo. En eso, y en que hiciera el favor de ir al dentista. Y es que, no sé por qué, no me salieron los incisivos. Cuando perdí todos los dientes de leche me salieron los dos dientes de delante abajo y arriba y, a su lado, los colmillos, grandes, fuertes y puntiagudos. Un amigo del abuelo me dijo una vez que era síntoma de que soy un carnívoro evolucionado y que en unos años a la gente sólo le iban a salir dos dientes para cortar lo poco que haya que cortar, cuatro colmillos para desgarrar y algunas muelas por si había algo que rumiar. Me gustaba la idea. Así que para qué ir al médico para cambiar algo que me hacía evolucionado.

El camión era pequeño y en el interior había varias piezas enormes de carne como la que le había visto al flacucho antes. Estaban colgadas de un gancho que atravesaba rasgando el músculo. El flacucho de un salto se metió dentro del camión y descolgó una. Después me hizo una señal para que me la echara al hombro. Dejé el skate en el suelo. Me puse de espaldas. El frío que salía del camión frigorífico me relajaba mucho. Me hubiese quedado así horas, pero de pronto cayó sobre mí la losa universal. Ahora sabía lo que era media canal: muchos kilos de carne, huesos, nervios, tendones, grasa. Indomable, pesada, muy pesada. No quería imaginar cómo sería una canal completa.

Encorvado retomé el camino de vuelta. Detrás de mí escuché una risilla. Me giré con la fuerza de un demonio. Era el conductor del camión. Un gordo al que odié nada más mirar. Me dieron ganas de sacarle los colmillos para desgarrar, pero el flacucho le gritó y el gordo se metió en el interior del camión.

—Déjate de risas, que no acabamos hoy.
Seguí andando con toda la velocidad que podía.

Un paso por minuto. Por primera vez en mi vida cayeron dos gotas de sudor por la frente. Al poco rato el flacucho, con mi skate en la mano y la media canal sobre su hombro, se puso a mi altura.

—Mira de frente, piensa en otra cosa. Todo está en la cabeza. Hazte a la idea de que llevas una pluma y no te pesará. Si haces lo que te digo, en unos días podrás llevar una canal a cada lado y encima del patín este que tienes.

No tenía fuerzas ni para contestar ni para sonreír, así que resoplé.

—No gastes fuerza en estupideces y camina derecho.

Llegamos al frigorífico de la carnicería. Txomin me miró de reojo y yo hice como si pasara. El flacucho descargó su muerto y me ayudó con el mío. Otra vez el frío del frigorífico me relajó y con ello conseguí recuperarme. Mientras, el flacucho colgó las medias canales con una agilidad envidiable, me devolvió el skate y se despidió.

—Hasta la próxima, muchacho.

Durante todo el día estuve detrás de Txomin, mirando cómo atendía sonriente a las clientas y cómo deslizaba el cuchillo en la carne como si fuera un cirujano. Cuando llegaba al hueso, sin piedad, de dos machetazos desunía la chuleta para la señora que seguía hablando sin parar de lo difícil que estaba la cosa, de lo caro que estaba todo y de que todo era mejor antes.

En el fondo, pensé, no era muy distinto a lo que hacía mi padre. Escuchaba a las señoras hablar de lo mucho que les costaba dar ese paso, que estaban decididas, que querían ser como antes o como nunca habían sido. Mi padre con bisturí les cortaba, les ponía y les quitaba. Y a veces hasta tenía que usar el martillo y el cincel o la sierra, si la cosa iba de rinoplastia o de mentoplastia, es decir, reducir la mandíbula. Así que mi padre era médico, sí, pero no de los que te salvan la vida, sino de los que la convierten en una mentira. Vamos, si ya lo dice el nombre, cirujano plástico. Claro que él estaba convencido de que por no ser por su bisturí alguna ya la hubiese perdido.

—Egunon. Dame cuarto de solomillito en filetes que el niño, sino, no me lo quiere.

Txomin cogió una pieza alargada. Me pareció que el niño de esa señora no sabía lo que era comer de verdad si no le gustaban los txuletones. Las manos enormes y el cuchillo afilado. Pensé que Txomin iba a destrozar el trozo de carne, pero de pronto en lugar de carnicero parecía un músico de esos de orquesta que toca el violín. El cuchillo cortó primero un medallón que luego con una caricia de la hoja del cuchillo dividió en dos para convertirlo en un filete rojo, alargado, perfecto. Yo le hubiese dicho a la señora que, ya que el niño no sabía lo que era un txuletón, por lo menos que se comiera el solomillo en medallones sangrantes, como tiene que ser, y que se dejara de rollos, pero Txomin le contó otra movida:

–Nos encanta cuidar a los niños. El solomillo es lo mejor. ¿Está bien así? ¿Quiere más?

–Si es que los tenemos mal acostumbrados, que en mi época..., ya hubiésemos querido hincar el diente a un hueso.

–Mujer, para qué hacerles pasar lo que sufrimos nosotros. Ahora nos toca mimarlos..., que es lo que espero que hagan mis nietos conmigo, ya que me tocó lo duro al principio.

Mi abuelo me contó que el mercado siempre fue duro. Su padre, es decir, el bisabuelo, había trabajado en el mercado desde que lo inauguraron. En 1929, cuando España era una dictadura de un tipo que dio mucho trabajo a obreros para grandes obras, pero poco más, mientras un rey Borbón estaba supuestamente al mando, aunque lo único que hacía eran carreras de coches y jornadas de caza. En Bilbao la economía iba viento en popa y el mercado lo inauguraron siguiendo la moda, con arquitectura art decó, que a mí me suena a cosa decorativa y poco eficaz. Pero en este caso no sólo era bonito, sino también útil. Vidrieras de colores en el techo y los puestos al aire para evitar los malos olores.

Pero me supuse que ni Txomin ni mucho menos la señora vieron nunca eso. Hasta los años 70 el mercado no era para el público, sino para abastecer a las tiendas de alrededor. Mi abuelo empezó en el curro en los años cuarenta y me dijo que la mejor época fue la de los sesenta y que ya

después fue todo un despropósito. Desde la riada de 1983 en Bilbao, cuando lo tuvieron que remodelar, la cosa empezó a ir regular. Después, en los noventa, el mercado pasó a ser para el público y no ya para los tenderos y entonces la cosa cambió definitivamente. Al abuelo no le fue mal, porque pasó de empleado a tener un puesto, pero ya se sabe que a todo el mundo le gusta decir que lo de antes, siempre lo de antes, fue mejor. Yo, sin embargo, creía que todo estaba más limpio y más iluminado después de las remodelaciones y que mejor iba a quedar cuando terminaran las obras de todo el edificio.

–Deme cuarto de aguja.

Me quedé mirando a ver qué hacía Txomin. Cada vez esto me parecía más un quirófano. Me propuse buscar en el Smartphone todos estos nombres para aprendérmelos. Era como hablar en clave. Yo del txuletón no salía. Ni imaginé nunca que alguien comiera algo que no fuera eso, lo mejor.

El teléfono empezó a sonar. Yo iba a cogerlo, pero el empleado se me adelantó. Tomó nota. “Dos cuartos traseros para el Berasategui en la calle Biña”. Yo no tenía ni idea de nada de aquello, pero “Viña” es con “V”. En cuanto el tipo se dispuso al ir a hablar con Txomin cogí el boli y lo taché para escribirlo bien. La letra “V” me molaba mucho. Me recordaba a mi propio nombre, I-V-O y a mi barbilla. Además era una letra rara, que en euskera no se usa, pero que daba palabras tan raras como ella. Por ejemplo, “virus”. Sólo leerla, a la gente le daba miedo. Y claro, no me la imaginaba con B, ni esa ni viña, ni viceversa, ni vacío, ni vela, ni viejo, ni vaso, ni velatorio. Me sabía un montón porque en clase me entretenía mirando el diccionario. Era para lo único que valía ese libraco, para entretenerse en juegos estúpidos. El empleado se dio la vuelta y me pilló. La mirada era asesina, pero yo se la mantuve. El tipo vino a por mí enseñándome el puño, pero una risa del jefe relajó la cosa. Y todo por una “V”.

A las dos de la tarde dio orden de echar el cierre. Uno de los empleados se puso con ello, mientras Txomin guardaba, como si fueran piezas de

exposición, toda la carne del mostrador. Me movía la K de Kalikatea que estaba marcada en algunos trozos de carne. Nunca pensé que la carne tuviera marcas, como la ropa o el skate, aunque lo suyo sería que llevara el nombre que tuvo en vida la vaca.

Intenté ayudar al empleado, pero me apartó. Estaba claro que yo no le gustaba, pero a mí él me daba igual. Y si se ponía chulo le sacaba mis colmillos. Eran infalibles. Txomin me mandó ir limpiando el suelo con la fregona. Empecé tímidamente, como había visto a Mara en casa, y casi caigo al suelo del codazo que me arreó el jefe.

—Sin mariconadas, hombre —me gritó, mientras tiró el cubo al suelo y comenzó a dar coletazos con la fregona con la fuerza de matar a un toro.

Yo le imité hasta la cara de mala hostia. Lo tuve que hacer bien porque Txomin me dio un palmotazo con una de esas manos como panes que tenía, pero en plan colega:

—Mañana tempranito aquí, ¿eh?

—¿Y esta tarde?

—Este chico me gusta. La tienes libre. Mañana hablamos.

Yo sólo asentí con la cabeza. Cogí mi skate y salí pasillo adelante. Los puestos del pescado estaban todavía dando cubos de agua a los expositores. Unos silbaban y otros lo hacían en silencio. Por más que miraba me parecía que había pocas chicas en este lío. De pronto pensé en las fruterías, seguro que allí trabajaban algunas. Me parecía una cosa más de mujeres el rollo de las manzanas, las peras y los líos estos. Así que en lugar de salir por la puerta principal subí al primer piso, pero los puestos ya estaban casi todos cerrados. De ellos salían señores y algunas señoras. Volví a bajar por las escaleras y miré hacia arriba. Me gustaban los cristales de colores por los que pasaba la luz en el hueco de la escalera. Aquello era como un cuento. Y cuando bajé al suelo nuevamente la vista, me encontré con la princesa del cuento. Una chica, con el pelo atado de forma descuidada en un moño del que se salían unos rizos, daba con toda su fuerza con la fregona al suelo arrastrando el agua. Lo hacía mejor que el mismo Txomin. Era un puesto de pesca-

dería. Ella llevaba un delantal de plástico blanco y botas. Me fliparon los músculos de los brazos. Eran bolas perfectas, casi como el solomillo. La chica morenita de piel se pispó de que la miraba un poco flipado y me sonrió. Yo abrí los ojos y oculté todo lo que pude los colmillos para que no se asustara. Ella siguió limpiando con fuerza y yo atontado. Tenía como diez años más que yo, pero qué mirada y qué fuerza. ¿Se puede pedir algo más? Casi me pareció que podía olerla por debajo de la cortina de olores contrapuestos del mercado. Ella tenía la sangre dulce y mañana seguro que me volvía a sonreír. Me toqué el labio inferior con la mano derecha notando los colmillos que salen fuertes desde abajo y en ese momento decidí que, en cuanto los pelos me salieran con más fuerza, me dejaría perilla.

En la calle, feliz, me puse sobre el skate y a surcar el aire desde la acera. Cuando llegué a casa el abuelo me esperaba con el txuletón. Ese me supo más que ninguno en mi vida. Ahora sabía de dónde venía el rollo, lo que era una canal y cómo se cortaba. Esto me gustaba. Al abuelo no le hizo falta preguntarme, porque seguro que me lo notó en la cara.

Por la tarde volví a salir a la calle con el skate. Me junté con la panda. Preparaban una gorda para el siguiente sábado. Uno de ellos estaba contando cómo romper las cámaras de vigilancia de la calle. Otro empezó a explicar que esta vez había que quemar por lo menos un bus para armarla de verdad. A mí esto ya no me interesaba nada. Ya era independiente, pero hay cosas inevitables, no me podía ir por las buenas.

Cuando se acabaron las instrucciones y empezaba el botellón, me piré. Sólo levanté la cabeza y con el skate en el suelo me fui volando. Eran las diez. No tenía sueño. Como siempre. Ni tampoco hambre. Soy de los de txuletón diario y listo, para qué más.

Seguí con el skate dando un volteo. Cogí la acera de Mazarredo. Los bares empezaban a llenarse de bobos que con dos copas decían estupideces a otras bobas que no sabía por qué chillaban en lugar de hablar. Siempre prefiero pasarme mejor por la calle Dos de Mayo, Bailén y Herna-

ni. La peña allí era mucho más divertida. Rock y tecno junto con los grititos de tíos que parecían tías a las puertas del Bullit, Badulake, El Balcón de la Lola y El Conjunto Vacío. Me molaban los chicos con la cara perfecta, las camisetas ajustadas y el pantalón marcando culo y paquete. Tíos musculosos, pero que hablan en susurro y como cantando y moviendo la cabeza a la vez. Cuando me harté, me fui a casa del abuelo. Lo vi sentado frente a la tele. Me dieron ganas de lanzarme sobre el sofá y abrazarlo, pero sólo una mi-

rada fue suficiente para que supiera lo feliz que estaba. El abuelo siguió a lo suyo y yo me puse a escuchar música, a mi rollo, recordando lo potente que había sido el día. Y pensé: mañana más.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de la Ribera de Bilbao**.